

Castelnau, cuya misión había concluido, se dirigió en la diligencia á Veracruz para embarcarse en el paquete que salía de ese puerto el 15 de Febrero, con objeto de informar á su soberano de los sorprendentes é inesperados acontecimientos que se habían verificado en México. Desde Veracruz dirigió un parte á Napoleón diciéndole: que la evacuación de México verificada el día 5, había provocado manifestaciones simpáticas y que el Emperador quedaba en la capital donde todo permanecía tranquilo. A su regreso á Francia, Castelnau fué promovido á general de división, aunque con su misión no había resuelto las dificultades y dejó que la retirada fuera concluida por el general Bazaine.

Seis semanas después de haber dejado á Veracruz el navío "Soberano" llevando á bordo al Mariscal Bazaine, era anunciado en la rada de Tolón; salieron á su encuentro el prefecto marítimo y el comandante de la subdivisión, avisándole que tenían orden de los respectivos ministros para no rendirle honores, disposición que ya había sido anunciada por la *Gazette du Midi*. La multitud que se oprimía en el muelle vió pasar al Mariscal con la frente altiva aunque llevara desgarrado el corazón. Tampoco fueron recibidos con fiestas los regimientos que aquí habían hecho la campaña, é iguales pruebas de reserva mostró el gobierno francés en su actitud oficial respecto al general en jefe del cuerpo expedicionario, aunque fué llamado y recibido en el palacio de las Tullerías, conducta que le repuso de las decepciones que sufrió en Tolón.

Si Bazaine quitó á Maximiliano los elementos que el ejército francés destruía ó vendía, es de creerse que lo hizo en virtud de las órdenes que tenía para obrar de ese modo. Como una prueba del poco aprecio por el Imperio, se notó el hecho de haber querido el prefecto de Puebla levantar trincheras para poner la ciudad al abrigo de las fuerzas de Don Porfirio Díaz y no habérselo permitido Bazaine.

No fué extraño que se quitaran á Maximiliano muchos de los elementos de guerra que el ejército francés no podía llevar consigo; pero sí que después de haber inutilizado tanta pólvora, se le vendió al prefecto Bureau en Veracruz cierta cantidad de ella por valor de treinta mil pesos.

Fué memorable en México aquel 5 de Febrero no solamente por haber salido Bazaine con el resto del ejército invasor, sino también por la proclama y decreto de Márquez, que llenaron de estupor y miedo á todos los habitantes de la capital. Aún estaba Bazaine á las puertas de ella, y ya Márquez se anunciaba como jefe del segundo cuerpo de ejército encargado de la ciudad, no obstante que nadie le había dado á reconocer, ni se había declarado previamente el estado de sitio, pues existían todas las autoridades supremas y locales. Comenzaba Márquez su proclama con estas amenazadoras palabras: "*ya me conocéis,*" se sabía que era sanguinario y que no se detenía en los medios para alcanzar el fin. A esa proclama se unió un decreto sobre disposiciones de sitio, de un rigor extremado, dando á conocer Márquez que comprendía cuan hostil era la población á la causa que él defendía; una campana que sería tañida durante diez minutos,

avisaría que habían comenzado las hostilidades y que el vecindario debía encerrarse en sus casas, sin que nadie pudiera asomarse á puerta, ventana ó balcon, ni presentarse en las azoteas hasta que se repitiera la misma señal. Con las guardias de los alrededores reunió Márquez cerca de doce mil hombres y dejó que las guerrillas impidieran la entrada de víveres, quedando establecido el sitio anticipadamente por el mismo Márquez, que calificaba las guerrillas de grupos de fuerza sin cohesión ni estrategia, y opinaba en las juntas de guerra por fijar la atención principal en los ejércitos que avanzaban, procedentes de San Luis y Michoacan, á cuyas fuerzas era necesario cortar el paso.

Fué llamado el general O'Horan para suceder en la prefectura de México á D. Mariano Icaza, quien no opinaba por el sistema de arbitrariedad y despotismo. Icaza rehusaba poner en prisión á los comprendidos en préstamos forzosos y que no podían ó no querían contribuir á la realización de los once millones de pesos ofrecidos por el ministro Campos, y á que se cumpliera el pensamiento de García Aguirre, reducido á sacar dinero de donde se encontrara. O'Horan, menos cruel que en Tlalpam, hizo no obstante sentir el peso de su arbitrariedad, calificaba las remisiones de los reos, hacía la respectiva consignación y condenaba á la pena de destierro á Yucatan, sin formación de juicio, ni audiencia alguna y dejó subsistente la leva y establecidas las casas de juego.

El ejército francés se alejaba dejando en el territorio mexicano cerca de nueve mil cadáveres de los suyos; le seguían sinnúmero de enfermos, de heridos é inutilizados. Para los austriacos también había llegado la hora de retirada, pero creyeron de su deber, antes de marcharse dirigir una manifestación á sus compañeros de armas, y al Mariscal; la firmó el teniente coronel Mr. Pollak, considerando que era una necesidad expresar todo su reconocimiento por la benévola protección que había acordado al cuerpo austriaco, sin la cual su suerte habría sido muy triste; calificaban de honra para siempre gloriosa, el haber combatido á las órdenes de Bazaine y al lado del cuerpo expedicionario francés; manifestaban la esperanza de que les proporcionaría Dios una época, en que pudieran dar pruebas de su adhesión á Bazaine y de reconocimiento hácia la Francia que les había protegido en México y colmado de beneficios.

Los batallones franceses se retiraban al frente de sus enemigos, dejando á los súbditos de Napoleon abandonados y comprometidos. Las tropas republicanas tan frecuentemente derrotadas, molestaban ahora la retaguardia de los expedicionarios que precipitaban su marcha sin cuidarse del triste aspecto que presentaban, no obstante su valor y disciplina.

Aún después de haber anunciado los agentes franceses en la "Ere Nouvelle," que había cesado la Intervencion y que ya solamente permanecían en país mexicano como transeúntes las tropas expedicionarias, todavía ordenaron prisiones de autoridades y ciudadanos mexicanos, exijieron la libertad de presos políticos y suprimieron periódicos imperiales, atropellando leyes mexicanas.

En Orizaba reunió Bazaine á los jefes y oficiales que allí se hallaban y para jus-

tificar ante ellos sus procedimientos les leyó fragmentos de despachos del Emperador Napoleón, de los ministros y aun de generales de la misma expedición.

Maximiliano pareció tomar aliento, pues creía que todas sus desgracias le provenían de los franceses á quienes veía como sus mayores enemigos, aunque no se le ocultaba que si hasta entonces era Emperador únicamente de nombre, vendría á ser en lo sucesivo un jefe de partido; no pensó ya en legislar sino en reunir juntas de guerra, en las que predominó la influencia del general Márquez, quien opinó que era necesario adelantarse hasta Querétaro, llave del Interior del país calificada de base segura para las operaciones del ejército, ya se tratara de tomar la ofensiva ó de permanecer á la defensiva; pero no debía esperarse á que todas las fuerzas republicanas se concentraran ni que la capital fuese sitiada, creyendo posible cerrar el paso y batir separadamente á cada una de las Divisiones enemigas y en seguida reconquistar todo el territorio. Abandonar á Querétaro sin resistencia, dejar ese punto avanzado de la capital, equivaldría á entregar una gran extensión de territorio y á facilitar el sitio de la ciudad de México, con lo cual se perderían los centros que suministraban recursos y las poblaciones que proporcionaban el contingente de reemplazos para cubrir las bajas en el ejército, Moverse y no dejarse sitiar, he aquí el éxito de la guerra, según el parecer de Márquez aceptado por Maximiliano.

Puso Bazaine, al embarcarse, una nota en manos de Bureau, para que la enviase á Maximiliano, y el 11 de Marzo en la mañana, era entregada por los franceses la plaza de Veracruz con el material de la artillería mexicana, al general Perez Gomez que la recibió en nombre de su Gobierno. Acababa Perez Gomez de dejar á Córdoba y Orizaba para concentrarse en Veracruz. El 12 de Marzo dijeron adios á las playas mexicanas los últimos regimientos franceses.

También en ese día partió el general Bazaine con su familia en el navío "Souveraine." Fué mal acogido al desembarcar en Francia, acumlándole acusaciones por hechos de los que, en su mayor parte, no fué más que ejecutor; pero su gobierno quiso que recayera en él toda responsabilidad, á causa de que, por los informes que remitió, se enviaban á México órdenes que tan malos resultados dieron.

La Francia abandonaba sus intereses y dejaba los de sus protegidos en la más precaria posición; el ejército frances siguió con violencia hácia Veracruz buscando seguridad en los navíos que habían de transportarlo lejos del teatro de sus infelices aventuras. Con febril ansiedad contaba los días, las horas y aun los minutos, sin cuidarse ya del dinero perdido, de los hombres sacrificados y de los girones de la bandera que dejaba enredados en los arbustos espinosos del camino. Pocas palabras de los Estados Unidos habían bastado para que los franceses se alejaran, sin esperar el término que se había fijado para el abandono de México.

La legión belga se embarcó el 20 de Enero, después de haber entregado en Puebla al general Douay el excelente armamento de que estaba provista, incluyendo la batería rayada. El Príncipe de Salm pretendió hacer reclutas entre los belgas para formar un regimiento de voluntarios europeos, autorizándole para

ello Maximiliano y por influencia del Padre Fischer; pero el Secretario belga, Mr. Hooriks contrarió ese proyecto, se esforzó para que sus compatriotas no permanecieran en México, procediendo del mismo modo que el Baron de Lago, encargado de negocios de Austria en México.

El Conde de Kevenhüller y el Baron Hammerstein, austriacos, tuvieron mejor éxito en el proyecto de levantar tropas extranjeras para defender al Emperador; el primero organizó un regimiento de húsares y el Baron un cuerpo de cuatrocientos á quinientos hombres, fuerzas que representaron notable papel en las postrimerías del Imperio.

Ya el 5 de Febrero, al dejar á México el Mariscal Bazaine con las últimas tropas francesas, una parte del contingente austro-belga había partido, licenciado por orden de Maximiliano, de conformidad con una carta que dirigió el Padre Fischer al Coronel Kodolich el 24 de Diciembre de 1866, relevando á aquellas fuerzas de los compromisos contraídos, de manera que los austriacos y belgas que aun quedaban fieles á Maximiliano en Febrero, eran todos voluntarios.

Los austriacos, dejando el pueblo de San Angel, entraron á México y se alojaron en el Palacio Imperial. Se componía esa fuerza de un regimiento de caballería y otro de infantería que llevaba el número diez y ocho, ambos al mando del Coronel Kadolich, oficial muy distinguido que había estado el año de 1859 en la división de caballería de general Mensdorff, en calidad de Jefe de Estado Mayor y también había pasado con una parte de ese cuerpo facultativo al lado del Príncipe de Hesse y del Archiduque Alberto.

Cuando Maximiliano proyectó impedir á los republicanos la concentración, y para ello salió de México para Querétaro acompañado el general Márquez en calidad de Jefe de Estado Mayor, y escoltado por dos mil hombres de tropa mexicanas, quedaron en la capital las tropas austriacas para servir de reserva en caso de un éxito desgraciado.

El día en que las tropas formadas por austriacos y otros extranjeros que ocupaban el pueblo de San Angel, pasaron á la capital del Imperio, sintióse Maximiliano por primera vez dueño de la corona y de su trono, aunque su posición nada tenía de halagüeña disponiendo únicamente de la capital, Querétaro, Puebla y Veracruz; pero se sentía libre, sin la molesta presión de los que le tutoreaban y que á título de aliados tanto le habían perjudicado; creyó que la guerra le concedería lo que la diplomacia le había negado, y se sentía bien. Cuando pocos días después partió al frente de una corta fuerza, pudo gozar con las ilusiones de una vida de aventuras y soñar con la gloria de sentirse heredero de Carlos Quinto.

Desde los fines de 1866, Maximiliano había dejado de creer que permanecería en el trono de México; su objeto al ponerse á la cabeza del ejército, fué buscar un alto y digno desenlace al error de que había sido víctima por los instigadores políticos de Napoleón III y la ambición de la princesa Carlota, adunada á la volubilidad de carácter que mostró el infortunado Príncipe.

Quedaba Maximiliano sin el apoyo de un verdadero partido al retirarse los franceses, y solamente encontraba adhesiones, pues en sus adictos se abrigaban sospechas y recelos. Además, ninguna potencia extranjera le auxiliaría contra los resueltos enemigos que tenía muy cerca.

Decía Maximiliano á personas de su confianza, á principios de 1867: "Miramon no es mi hombre; es á Márquez á quien debo el estar aquí." En estas opiniones se reflejaba la influencia del Padre Fischer y del consejero Lares, instrumentos del clero opuestos enteramente á Miramon. Además, Márquez nunca aparecía ambicionando el primer lugar, sino que más bien se obstinaba en guardar el segundo y jamás se le había acusado de inconsecuente con su partido.

Desde que los franceses dejaron la capital, los jefes del partido gobiernista, Lares y Márquez, excitaban á Maximiliano para que fuese á Querétaro, aunque debieron conocer la impotencia de su soberano desde que saliera del centro de los recursos. Con la última columna francesa que descendió lentamente para Puebla había permanecido aún cinco días Bazaine, esperando algún aviso de Maximiliano que no daba señales de actividad, no obstante que en aquellos momentos llegaba al cuartel general la noticia de la derrota de Miramón.

Entonces Bazaine escribió á Maximiliano suplicándole que se retirara, y le informó que el general Castagny quedaba á retaguardia para protegerle; el Ministro Danó dijo al Mariscal, que á pesar del desastre sufrido por Miramón, Maximiliano se mostraba cada vez más renuente á aceptar la mano que se le tendía para que se retirara, y que dentro de pocos días esa retirada sería imposible, y lamentaba Danó las nuevas aventuras que iba á correr Maximiliano.

Aún en Veracruz esperó Bazaine; pasó revista á los fuertes y parapetos y aguardó allí algunos días, porque corrió la noticia que Maximiliano había abandonado la capital para dirigirse á ese puerto; el Mariscal ascendió hasta la Soledad, lo que motivó el rumor de que volvía á abrir la campaña para despejar el camino ocupado por las guerrillas. Pero cuando pasaba esto, el Príncipe á quien quería proteger estaba ya en Querétaro.

Maximiliano conoció que era necesario reducir la política al terreno puramente militar, y que sería de grande utilidad ponerse personalmente á la cabeza de las tropas; consideró este medio el más seguro para formarse un partido que no había podido adquirir con sus trabajos de legislación y sus tentativas de gobierno, y que no le quedaba otro medio para contrariar las deficiencias é infidelidades que preveía, despues de haber ensayado todos los recursos, faltándole tan sólo el de ser jefe supremo inmediato en la campaña.

La idea de reunir el Congreso continuaba cautivándole á tal grado, que buscó un individuo de confianza para enviarlo cerca del Presidente Juárez, en solicitud de una entrevista; si la conseguía podría fijar la posición de los conservadores y regresaría con honra á Europa. También podría suceder que obtuviese triunfos, y entonces reconstituiría esta porción del antiguo Imperio de Carlos V.

Volviendo de sus ensueños y al fijar la vista á su rededor, contemplaba Ma-



*General Rafael Benavides.*

Siendo jefe militar en la costa de Sotavento, puso sitio al puerto de Veracruz en Marzo de 1867, cuando se embarcaban los últimos batallones franceses intervencionistas, cuyas naves aun aparecían entonces fondeadas en la isla de Sacrificios. El general Benavides estableció su campamento en Malibrán; dispuso que fuese cortada el agua potable que abastecía á Veracruz; organizó el batallón "Libres de Zamora," compuesto de voluntarios veracruzanos; dispuso que fuese repuesta la artillería antigua que yacía enterrada en los muelles y la abandonada en el Chiquihuite, y rechazó varios ataques de las fuerzas que guarnecían la plaza. No obstante sus múltiples y fatigosas labores y el estar enfermo de calenturas, no abandonó el puerto. El 28 de Junio del mismo año, ocupó el puerto de Veracruz que abandonaron los imperiales.